Compañía de Jesús

Provincia de España

P. GERARDO LAIBARRA AZCÁRATE S.J.

Zebeiro (Vizcaya) 13/04/1935 – Bilbao 26/11/2020

FUNERAL DE GERARDO LAIBARRA

La vida de nuestro hermano Gerardo ha sido la de un creyente cristiano cabal, la de un compañero de Jesús, la de un sacerdote. Su vida ha estado entrecruzada por la intimidad con el Cristo, hasta el punto de que se ha dejado hacer, se ha dejado configurar por esta amistad con el Señor. Su existencia ha sido una vida de entrega generosa, atenta, cuidadosa, olvidándose de sí mismo. Como Jesuita se ha entregado a la misión de Cristo. Y como sacerdote ha trabajado por acercar el misterio y la realidad de Dios a tantos hombres y mujeres. Muchos de los que estamos hoy aquí hemos sido destinatarios de este testimonio que ha sido su vida entera.

Nació en Zebeiro. Hace unos días me encontré con alguien que había sido largos años alcalde de Zebeiro, y me dijo que hacía tiempo que no se encontraba con Gerardo por su pueblo, donde de vez en cuando solía acudir, pensaba que habría fallecido ya hace algunos años. Sucedía que ya no tenía autonomía para acudir.

Gerardo hizo el bachillerato en Tudela en el colegio de los jesuitas, y eso le marcó mucho. Colaboró en el barrio de Lourdes con el P. Lasa con entusiasmo. Acudió siempre que pudo a la reunión de antiguos alumnos e intentaba fomentarlas e impulsarlas. Su magisterio, ya jesuita en el Real colegio de San José

de Valladolid también le influyó mucho. Esta experiencia en colegios, le dispondrá a su futura misión. Además, desarrollaba su afición por el futbol acudiendo como alumno o llevando a alumnos a los distintos campos de futbol.

Como jesuita formado recorrió muchos colegios como Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Durango. Su misión ha sido el mundo de la enseñanza, como educador y luego, durante muchos años como gestor de CEDE, Fere, Educación y gestión. Vivió esta tarea no como un trabajo sino como misión para insertar en la vida educativa el mensaje y la realidad cristiana. Cómo ayudar mejor a los jóvenes y las familias.

Esta misión no fue fácil. Tuvo sus problemas, sus conflictos, cantidad de desafíos. El mundo educativo, hoy lo seguimos experimentado, sigue sin contar con un consenso y acuerdo de la sociedad, y mucho menos de los políticos. Gerardo supo afrontarlo con entrega, convicción, como la tarea de la Iglesia en el mundo de la enseñanza. Fue una tarea que le trajo gozo y alegrías, pero también disensiones y desencuentros.

Sin embargo, dentro de esa difícil situación, Gerardo era un hombre cualificado para construir todo un mundo de relaciones y amistades. De comunicación y cercanía. La experiencia del Dios de Jesucristo que le constituía era la de un Dios que es relación y comunicación. Y Dios supo servirse de esas cualidades en Gerardo. Al lado de los desencuentros supo vivir del cuidado, de la relación, de la comunicación y de la amistad. Hizo amigos hasta de políticos como Fernando Buesa, consejero de Educación, así como de muchos otros.

Fue un luchador infatigable, tenaz, incómodo. Defendía con firmeza los ideales de la enseñanza, con esfuerzo y creatividad. Aunque le llevó a desencuentros con obispos, superiores y políticos. Supo trabajar con firmeza, siendo un hombre libre.

Su capacidad de acogida y construir amistades y relaciones la vivieron también antiguos compañeros de colegio, como antiguos compañeros de los inicios en la formación jesuita. Mantuvo la relación y fomentaba los encuentros de amistad con muchos ex - jesuitas y jesuitas compañeros de tiempos de la formación. Era un gran organizador, y con su sensibilidad cultural a paisajes, museos, monumentos e iglesias, sabía crear espacios y tiempos de encuentro fraterno.

Estas mismas actitudes de cuidado y ternura las supo vivir con su familia, con su madre, tantos años viuda, durante 10 años estuvo acompañándola todos los fines de semana. La sacaba a visitar diferentes rincones de Bizkaia. Era un ejemplo de amor filial, verdaderamente llamativo. Este mismo cuidado lo tuvo con su hermano, y en los últimos tiempos con su cuñada y sobrinos.

Cuando le llegó la hora de la jubilación, siguió preguntándose a qué le animaba el Señor en ese nuevo periodo de su vida. No cayó en la tentación de una jubilación placentera. Siguió buscando los signos del Espíritu. Se formó durante un tiempo en la pastoral sanitaria, y pudo ejercer su ministerio en el equipo pastoral del hospital de Basurto (hospital donde ha fallecido). Aquí en la labor con enfermos y familiares dio muestra de su gran corazón y de su gran cariño hacia las personas con las que tenía un don para dialogar de una manera fácil y consoladora. Además, siguió creando equipo con los que conjuntamente realizaban esta tarea misionera en Basurto.

La salud le fue poniendo dificultades en su vida. Tuvo una grave operación de corazón. También en los últimos años estuvo aquejado de la pérdida de visión. Pero con su talante de servicio, se acercó a la ONCE, no solo para recibir la ayuda de la organización, sino también para participar en las actividades pastorales de la ONCE, los católicos ciegos de Bilbao. Supo ir gestionando+ sus pasividades, la aceptación de su progresiva

ceguera. Siempre aguantó y aceptó la enfermedad y la limitación, sin queja alguna. Y siguiendo, siendo un apóstol del Señor de la vida.

En la comunidad jesuita de Deusto estuvo al servicio de la comunidad en cuestiones materiales. Pero, sobre todo, era un gran conversador. Discreto, sencillo, cercano, atento, muy respetuoso, nunca minusvaloraba a nadie, algo que es mucho de apreciar. Cuando alguna vez estaba a solas con él, le gustaba hablarme de su estancia en tierras valencianas, en concreto en Gandía, donde pasó unos largos meses de lo que llamamos Tercera Probación. Le gustaba recordar sus ministerios en la leprosería de Fontilles, así como en otros pueblos. De las palabras en valenciano que recordaba de las confesiones que atendía. Del olor a azahar y del recorrido por medio de los arrozales. Era un hombre atento para relacionarse con el interlocutor que tuviese delante. Le vamos a echar mucho en falta por su capacidad de construir comunidad en el día a día.

Gerardo vivió su vida conformada por su amistad con el Cristo. Con ese Dios que es relación y comunicación. Hoy de nuevo, en este Adviento está con el Señor participando de la Resurrección. Fue un testigo bueno y humilde de la esperanza del Dios de la vida, que la da en abundancia. En unos tiempos, como los nuestros, tan entrecruzados de desesperanza, de incertidumbre, de fatiga y de dolor, Gerardo es un testigo de esperanza.

San Ignacio nos enseña a contemplar la resurrección por sus santísimos efectos. La esperanza hoy no la encontramos en grandes relatos utópicos. Sino en humildes vestigios, de hombres y mujeres, que son fuente de bondad, de cuidado, de amor, en sitios anónimos, maravilla de las maravillas. Gerardo ha sido uno de esos hombres.

Pedimos por él para que el Señor le dé el descanso eterno y brille para él la luz perpetua. Porque el Señor es compasivo.

Amén.

Javier Lopez Arízteguí, SJ.
30.11.20